
Globalización y formación diplomática; reflexiones en torno a la VII Reunión de Academias Diplomáticas de América Latina y el Caribe

*Ernesto Sosa Gallegos**

Introducción

El presente artículo reflexiona sobre algunos aspectos relativos a la preparación diplomática. Parte de una síntesis de las discusiones que tuvieron lugar durante la VII Reunión de Academias Diplomáticas de América Latina y el Caribe los días 13 y 14 de diciembre de 1999 en la Academia Diplomática del Instituto Matías Romero (IMAR). Además de una glosa fragmentaria y que no es estrictamente literal de algunos de los puntos más importantes, el artículo se centra en el tema de la formación diplomática en el mundo de la globalización.

El oficio diplomático ha experimentado, como la mayor parte de las profesiones, un profundo cambio en los últimos años. A esto han contribuido tanto los requerimientos del modelo económico imperante como la evolución del escenario internacional, campo de trabajo y teatro de operaciones de la carrera diplomática. Como ya lo señalan otros artículos del presente número de la

* Director de Formación Diplomática, Academia Diplomática del Instituto Matías Romero.

Revista Mexicana de Política Exterior, la llamada globalización ha introducido profundas mutaciones en nuestra manera de ver e interpretar el mundo, así como en la forma en la cual se llevan a cabo las relaciones sociales y productivas. El formidable desarrollo de las tecnologías de comunicación, la preponderancia de los temas económicos y la nueva configuración mundial han vuelto indispensable un replanteamiento del papel que desempeñan los diplomáticos y meditar acerca de las necesidades más apremiantes en cuanto a su formación y actualización.

Coincidamos o no con la globalización, y sin dejar de lado las posiciones críticas frente a este fenómeno, es claro que prácticamente ningún país puede sustraerse a sus efectos, a riesgo de aislarse y asumir las graves consecuencias de tal decisión en un panorama internacional profundamente interdependiente y conflictivo. La globalización es algo que rebasa, y aun cuando cualquier política pública debe ser cuidadosamente diseñada previendo sus alcances y límites, es innegable que los llamados “factores externos” —es decir aquellos que no controlan los gobiernos nacionales— se han convertido en elementos volátiles e inestables que superan cualquier forma de previsibilidad. Esta situación, que se manifiesta en la ausencia de un poder capaz de controlar los factores externos que forman parte del nuevo mundo global, puede tener múltiples lecturas. Entre ellas la más aventurada sostiene que la globalización se traduce en una gradual pero consistente pérdida de soberanía por parte de los Estados nacionales, y en la irrupción de una serie de nuevos actores en el escenario internacional.

Es claro que la globalización impone una serie de cambios radicales en el ejercicio de la diplomacia. Quiero, a propósito de ello, detenerme en uno de esos cambios que a mi juicio respondería a una pregunta fundamental: ¿por qué es importante la diplomacia en un mundo en el cual el papel tradicional de informante y mediador que desempeñó el agente diplomático durante varios siglos se ha ido desdibujando como resultado de la nueva sociedad mediática¹ y de la comunicación instantánea?

¹ Régis Débray, filósofo y otrora asesor del presidente François Mitterrand, acuñó el término *videoesfera* para designar el mundo de imágenes en el cual se ha transformado la información y que más bien conduce a la desinformación, en detrimento de la famosa *Galaxia Gutenberg* que preconizaba el predominio de

La pregunta tendría dos respuestas que avalan y reivindicán esta vieja profesión. Por un lado, la importancia de la diplomacia se apreciaría precisamente en este alud de información en el cual estamos inmersos. Cualquier persona con medianos recursos y escolaridad puede acceder a la información vía internet; todos los días la prensa escrita o virtual publica cientos de noticias que se pierden en ese mar de letras e imágenes. En esta coyuntura el diplomático ya no puede ofrecer la ventaja comparativa de contar con información confidencial o tener un acceso privilegiado a los ámbitos en donde esa información se genera. Pocas cosas, incluyendo la vida privada que también se ha convertido en objeto de lucro y consumo, escapan al escrutinio público en lo que Ignacio Ramonet ha denominado *La tiranía de la comunicación*, obra en la cual señala, por ejemplo, cómo en la aldea global se entrelazan y confunden las dantescas imágenes del genocidio en Rwanda y la sonrisa frágil de Diana de Gales, la “reina de corazones”.² No obstante lo anterior, precisamente frente a este exceso de información, el diplomático puede actuar de manera efectiva, siempre y cuando sea capaz de discriminar y seleccionar la información útil de la paja; lo fundamental de lo accesorio; si cuenta con la capacidad y el conocimiento sobre las prioridades y los objetivos mediatos y de largo plazo de la política exterior que defiende. Para ello, huelga decirlo, necesitará de una destreza y formación adecuadas.

la palabra escrita. Un mundo de imágenes que se construye todos los días, conformado de productos que fluyen incesantemente y que se trivializan y evaporan casi en el mismo instante en el cual se producen y difunden. Débray empleó el término *videoesfera* para referirse a la guerrilla zapatista de Chiapas. El autor muestra cómo este movimiento ha hecho uso de la palabra escrita, lo que contrasta con el mundo de imágenes al cual se reduce la información. En este sentido, vale la pena comentar el creciente poder de las imágenes cuyo impacto y elocuencia derivan, muchas veces, en un abandono de la escritura y por lo tanto de la lectura y del lenguaje, que son los generadores de la capacidad simbólica. El *Homo Videns* definido por Giovanni Sartori es un hombre que no lee pero que pasa muchas horas frente al televisor. Estas imágenes, a veces perturbadoras, pero en su gran mayoría anodinas, son su principal referencia del mundo. Es esa visión empobrecida y deformada de la realidad la que propicia su apatía y desinformación, convirtiéndolo así en un producto típico de la *videoesfera*.

² Ignacio Ramonet, *La tiranía de la comunicación*, Madrid, Temas de debate, 1998.

Frente a la realidad de la globalización y sus consecuencias para el Estado-nación, sobre todo en lo que se refiere a una posible pérdida de autonomía y capacidad de decisión frente a los factores externos, se hace aún más necesaria la labor del diplomático comprometido en la defensa de los intereses del país. No porque se pretenda defender una soberanía a ultranza que muchas veces se traduce, en la crítica del presidente de Brasil Fernando Henrique Cardoso, “como el derecho de cada país de cometer sus propios errores en paz”. Sin duda, en este nuevo contexto internacional cualquier Estado requiere de un conocedor de los temas internacionales que van a incidir en la formulación de políticas por muy internas que éstas pretendan ser; para ello, el diplomático sería la persona ideal si y sólo si: 1) conoce la realidad internacional. Conocimiento que no es privativo de los diplomáticos, un académico de regular valía puede incluso tener mayores conocimientos sobre este tema; y 2) sabe moverse como “pez en el agua” en los ámbitos internacionales, característica que ha sido la especialidad de los diplomáticos, misma que, sin embargo, hoy día funcionarios, gestores o interlocutores de áreas como los negocios, la política o la economía también desarrollan. Esta confusión y cruce de funciones y responsabilidades evidencia la necesidad de encontrar el punto que distingue y da especificidad a la profesión diplomática. Nadie como el diplomático conoce el momento justo, la intervención oportuna, el silencio apropiado, además de, y esto no es accesorio, saber, o estar obligado a ello, qué necesita su país en un momento dado y, en la medida de lo posible, vislumbrar las tendencias futuras. Al respecto conviene señalar las bondades y limitaciones de un trabajo como el de prospectiva, actividad que ahora ha proliferado en centros de investigación, ministerios y cancillerías. Es a todas luces innegable la importancia que el estudio de la prospectiva tiene sobre todo en temas internacionales. Definir las grandes coordenadas que cruzarán el escenario internacional del futuro no es empresa fácil si tomamos en cuenta algunos factores como el de los accidentes de la historia, los elementos azarosos que acompañan inevitablemente todo devenir. Uno de los grandes mitos de la historia ha sido querer encontrar leyes universales que rijan su funcionamiento y de esta manera prever las situaciones futuras. El historicismo, bajo cualquiera de sus variantes, pero particularmente la de los enamorados del espíritu absoluto del sueño

hegeliano y sus discípulos es una de estas mitologías que prohijó la modernidad y de manera específica el pensamiento ilustrado. Sabemos el devenir que tuvieron ciertas formas de historicismo: regímenes totalitarios, experimentos sociales y sufrimiento humano. Frente a esta *miseria del historicismo*, la ciencia de la historia ha reivindicado el valor de lo impredecible, de lo azaroso y contingente.³ Otro aspecto que sin duda influye en la elaboración y diseño de escenarios futuros es la mirada del observador. ¿Qué tan imparcial y objetivo es aquel que tiene a su cargo la formulación de la prospectiva? Las investigaciones fenomenológicas de Edmund Hüsserl nos han enseñado los complejos mecanismos que se ponen en movimiento durante el ejercicio de la percepción.

A mi juicio, estos elementos hacen no sólo relevante sino insustituible la labor del diplomático además de conferir una importancia de primer orden a su formación. Sobre todo, si se desecha la idea, por carecer de sustento, de que existen cualidades innatas o de que hay individuos que nacen para ser diplomáticos,

³ En lo que toca al papel que el azar puede jugar en la historia, vale la pena comentar un reciente artículo de Timothy Garton Ash, profesor del St. Anthony's College de Oxford, en el cual en tono desenfadado comenta que en la reciente reunión del Foro Económico Mundial de Davos, Suiza, un grupo de académicos disertó en torno a aquella que podría considerarse la *metedura de pata* del siglo xx. El artículo revela el impacto de ciertas acciones fortuitas que pueden cambiar el sentido de la historia. Menciona una enorme cantidad de errores, la mayoría de trágicas consecuencias: la guerra de Vietnam; la nula respuesta de los gobiernos de Francia y Gran Bretaña frente a la remilitarización del Rin por parte de Hitler en 1936 y en general a sus apetitos expansionistas; o el abusivo Tratado de Versalles con respecto al cual espíritus lúcidos como John Maynard Keynes alertó sobre sus riesgos. A juicio del autor, la mayor *metedura de pata* del siglo fue la decisión del gobierno imperial alemán de dar un salvoconducto a Vladimir Ilich Ulianov, alias Lenin, para viajar por tren a través de la Europa Central ocupada por Alemania, de Zurich a Finlandia y, desde allí, a San Petersburgo, en el momento más álgido de la primera guerra mundial. La idea de Lenin era sembrar el caos en Rusia y sacarla de la guerra, objetivo que se cumplió pero que no evitó la derrota de Alemania. Cabe preguntarse si la revolución bolchevique se hubiera producido aun sin la presencia de un líder de la estatura, arrojo y fanatismo de Lenin. Garton Ash especula por qué no. Si partimos de la hipótesis de que el fascismo fue una reacción al comunismo, sin Lenin no habría habido revolución socialista ni segunda guerra mundial ni guerra fría; en suma, el de Lenin fue el billete de tren más caro de la historia.

hecho que no descarta vocaciones y habilidades personales o de grupo, tal vez atribuibles a determinados rasgos biográficos o a condiciones históricas particulares. A propósito de lo anterior cabe destacar a figuras como Klemens Metternich o Charles M. Talleyrand. Resulta difícil establecer con precisión cuáles fueron las causas que hicieron que estas figuras se convirtieran en grandes diplomáticos y artífices de la Europa de su tiempo. Lo que sí es un hecho es que ambos provenían de la aristocracia, clase social que ostentó el monopolio de la diplomacia durante siglos. Muchos de estos diplomáticos demostraron una gran sagacidad y capacidad y política; otros fueron agudos observadores del momento histórico que les tocó vivir.⁴

La otra parte de la respuesta tiene que ver con la especificidad del diplomático en su formación ideal; es la suma de diferentes capacidades y talentos que se expresan en una forma de concebir la realidad y que acaban por convertirse en un estilo de vida. Estas peculiaridades son las que deben cultivarse en cualquier esfuerzo de formación y capacitación diplomática, sobre todo en este mo-

⁴ En este aspecto pueden equipararse con los grandes escritores viajeros o escritores y poetas que fueron diplomáticos en algún momento, algunos tan relevantes para las letras del siglo xx como Paul Valéry, Saint John Perse, Octavio Paz o Alfonso Reyes. Véase Secretaría de Relaciones Exteriores, *Escritores en la diplomacia*, México, SRE, 1998. Maurice Paléologue, último embajador de Francia en el agónico imperio zarista, escribió un relato pormenorizado de los últimos días previos a los *diez días que conmovieron al mundo*. Joel R. Poinsett, primer diplomático de Estados Unidos en México, también dejó un testimonio de sus vivencias en un tono totalmente diferente. Diplomáticos franceses como Philippe Berthelot o Aristide Briand legaron importantes testimonios de sus vivencias como representantes de su país en momentos estelares de la historia diplomática del siglo xx.

En cuanto a las experiencias de un grupo que haya mostrado cualidades diplomáticas es posible mencionar a la comunidad judeo-española durante la ocupación árabe de la península. La comunidad de judíos sefarditas intentó sobrevivir frente a la intolerancia de los reinos católicos; sufrió el acoso y el exterminio antes de su expulsión definitiva a fines del siglo xv. Sin embargo, durante la dominación mora y particularmente en la dinastía de los Omeya, los judíos fueron apreciados por sus cualidades diplomáticas, incluso por los propios católicos. Isaac de Abravanel, por ejemplo, fue un importante ministro de finanzas y consejero del reino de Isabel y Fernando. Trató, infructuosamente, de revertir el edicto de expulsión. Es posible que el pueblo judío español desarrollara cualidades diplomáticas y de negociación en aras de su supervivencia.

mento de globalización cuando ningún país puede cerrarse al exterior y crece la diversidad y complejidad del mundo. De ahí lo indispensable de contar con un cuerpo diplomático profesional y altamente capacitado.

La globalización, cuya punta de lanza son esas nuevas tecnologías de la comunicación, está obligando a muchos países a enfrentar retos hasta hace poco desconocidos. Países grandes y pequeños, poderosos y débiles conforman el heterogéneo *concierto de las naciones*, concepto acuñado por cierto durante el Congreso de Viena, que intentaba describir una supuesta armonía internacional; metáfora de un orden preestablecido como el que prevalece en la música. Lo que el mundo vive hoy dista mucho, sin embargo, de ser un concierto, al menos a la manera clásica del término. Todo vestigio de melodía ha desaparecido, sólo permanece una multiplicidad de sonidos cuya estridencia hace pensar en las obras vanguardistas de la música del siglo xx. En efecto, “las voces y sonidos” del mundo se contraponen y atropellan, los diversos intereses nacionales se imponen a costa de los demás, decenas de países compiten por las mismas oportunidades, sea la atracción de inversión para sus países, el financiamiento internacional, mejores condiciones de intercambio comercial o ventajas políticas. Competencia es quizá el término más adecuado para definir la globalización; competencia que en ocasiones se transforma en rivalidad y en causa de conflictos.

A esta tensión se añaden nuevos elementos generadores de crisis como la defensa agresiva de una cierta identidad cultural. La explosión de los particularismos étnicos, lingüísticos o religiosos es el contrapunto a la supuesta eliminación de las fronteras que sustenta a los procesos de integración económica y a los tratados comerciales. El concepto jurídico y político de Estado entra en contradicción con el más antropológico de nación. Por supuesto que los países poderosos tienen mayores elementos para enfrentar estos retos pero ninguno está exento de ellos. Habría que recordar tan sólo la historia reciente que ha sido testigo de la fragmentación de Estados poderosos, o los síntomas del *malestar de la cultura*, evidentes en las sociedades opulentas del mundo desarrollado. Sin duda alguna, los Estados más débiles, muchos de ellos con una diplomacia aún incipiente, son los que tienen mayores obstáculos

para incorporarse con algunas ventajas a ese mundo desigual en el cual puede traducirse la globalización.

De cara a esta realidad, la formación diplomática deviene un tema prioritario para todos los países, en especial los de menor desarrollo relativo. De acuerdo con esta preocupación, la Academia Diplomática del IMAR se propuso intercambiar ideas y propuestas con las academias diplomáticas de países con un grado de desarrollo económico similar al nuestro, o hasta con mayores dificultades y carencias.

La VII Reunión de Academias Diplomáticas

La diplomacia latinoamericana es por supuesto tributaria del legado histórico de Europa. Las repúblicas latinoamericanas buscaron desde el primer momento la creación de un cuerpo propio de negociadores y diplomáticos que contribuyera al esfuerzo de consolidar sus procesos de independencia política y reconocimiento internacional. Sin duda el modelo a seguir era la diplomacia europea con sus éxitos y errores. Muchos de los primeros diplomáticos latinoamericanos fueron miembros de la oligarquía criolla ilustrada; a veces eran más europeos que americanos tanto en formación como en mentalidad; algunos, sin embargo, vislumbraron la necesidad de formar diplomáticos latinoamericanos con una visión propia. Estas ideas tardaron en fructificar mucho tiempo; en la mayoría de los casos las academias diplomáticas latinoamericanas fueron creadas más de un siglo después de esos primeros sueños visionarios; hay incluso casos de países de América Latina que todavía no cuentan con una institución de este tipo y que, por lo tanto, requieren de apoyo para crear una o para formar a sus diplomáticos en el extranjero.

En ese contexto, las demandas que exige la globalización en materia de diplomacia afectan de manera particular a los países que aún no han podido fundar una institución encargada de formar y capacitar a sus diplomáticos por carencias económicas o inestabilidad política. El tema de cómo preparar al diplomático latinoamericano frente al nuevo milenio y en especial frente a los desafíos de la globalización fue el hilo conductor de la VII Reunión de Academias Diplomáticas de América Latina y el Caribe, que tuvo como

marco la conmemoración del XXV Aniversario del Instituto Matías Romero.

La reunión fue presidida por la embajadora Roberta Lajous, coordinadora general del IMAR. Estuvieron presentes el embajador José Joaquín Chaverri, director del Instituto del Servicio Exterior Manuel María Peralta de Costa Rica; el embajador André Mattoso Maia Amado, director del Instituto Rio Branco de Brasil; el doctor Óscar García Fernández, director del Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa de Cuba; el embajador Eduardo Casas Acosta, director de la Academia Diplomática de San Carlos de Colombia; el embajador Eduardo Ortiz, director de la Academia Diplomática Andrés Bello de Chile; el embajador Rafael Leiva Vivas, director de la Escuela de Diplomacia y Relaciones Internacionales de Honduras; el licenciado Estuardo Marrou Loayza, director de la Academia Diplomática de Perú; la embajadora Luisa Navarro, directora de la Escuela Diplomática y Consular de República Dominicana. Asimismo participaron diplomáticos destacados en México en representación del Instituto de Servicio Exterior de Argentina, así como del Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual de Venezuela.

La constante de todas las presentaciones fue la preocupación sobre la formación del diplomático ante los cambios mundiales que se suceden en todos los órdenes frente a la globalización y la interdependencia que afectan a los países de manera desigual. Los costos y beneficios de este fenómeno deben ser cuidadosamente evaluados. Cada país deberá ajustar sus tiempos de acuerdo con su realidad y condiciones particulares de carácter político y económico. Sin duda este consenso establece un principio rector: cada país conoce su historia y necesidades específicas, por lo que la inserción en la dinámica de la globalización debe hacerse caso por caso.

En este contexto de transformaciones, los institutos y academias diplomáticas de América Latina y el Caribe deben reformar sus programas de estudios con el objeto de proporcionar una mejor capacitación y actualización para que los diplomáticos se desempeñen con mayor eficiencia. En virtud de que los avances en la tecnología han provocado que la información fluya de manera inmediata y alcance cualquier rincón del mundo, y ante la posibilidad de que la avalancha informativa pierda y confunda a los

diplomáticos, se les debe entrenar no sólo para que sepan dónde y cómo buscar sino también seleccionar e interpretar la información, transformándola en un instrumento útil para el desempeño de su profesión y el logro de los objetivos de la política exterior a la cual sirven.

De cara a las nuevas necesidades, la disyuntiva entre teoría y práctica se vuelve irrelevante. El diplomático contemporáneo debe ser un compendio tanto de saberes como de habilidades. Sin la práctica, la teoría puede convertirse en letra muerta y constituir un cúmulo de conocimientos en estado latente. En esos casos las reflexiones en el ámbito académico constituyen un espacio más propicio. La ecuación contraria, práctica sin teoría, limitaría la capacidad del diplomático de manera considerable y lo reduciría a un mero operador de instrucciones.

Lo anterior explica que los institutos y academias de diplomacia de América Latina y el Caribe coincidieran en la necesidad de imprimir un mayor dinamismo a sus cursos de formación y actualización diplomática y consular a través de un número mayor de cursos prácticos que permitan a los funcionarios conocer y actuar con rapidez y eficiencia sin dejar por ello de tomar en cuenta los conocimientos teóricos. En este caso como en cualquier otro el equilibrio es la regla de oro.

Otro eje de coincidencia en relación con la formación de los diplomáticos y cónsules señala que no debe dejarse de lado lo que se podría denominar la dimensión humana; es decir, los valores y las tradiciones indispensables para el mejor desempeño de las funciones del diplomático tanto al interior de su país como en el exterior. ¿Por qué es importante conservar las tradiciones y el apego a una identidad nacional, que por supuesto no impide el enriquecimiento que deriva del contacto con otros pueblos? La respuesta es que la globalización, en su aspecto cultural, borra las diferencias e individualidades y en cierto sentido amenaza el rico arcoiris cultural del mundo. No cabe duda de que muchos de los virulentos nacionalismos que irrumpen en diversas partes tienen como una de sus causas la reafirmación de las diferencias frente a la homogeneización de la poderosa cultura de masas, creada a partir de los iconos de la cultura popular estadounidense.⁵ Esta dimensión hu-

⁵ Existe un intenso debate académico en torno a la idea generalizada de que el mundo pierde su diversidad cultural y esto conducirá a un empobrecimiento

mana además de conservar una identidad pretende preservar tradiciones, y esto implica necesariamente el conocimiento de la historia, ese gran referente de la diplomacia muchas veces ignorado, especialmente en momentos en los cuales el mundo pareciera reinventarse día a día por la cantidad y banalidad de la información. El diplomático debe, en la teoría y en la práctica, hacer uso de la herramienta de la historia. Conforme con lo anterior, resulta conveniente citar un fragmento de la presentación del embajador Mattoso Maia Amado, del Instituto Rio Branco de Brasil durante la Reunión de Academias Diplomáticas:⁶

espiritual. Es innegable que la modernidad bajo cualquiera de sus vertientes, pero sobre todo la que se identifica con el progreso tecnológico y científico producto del pensamiento occidental, constituye un fuerte disolvente de tradiciones y formas de vida. El Occidente tecnológico y racional parece conquistar el planeta entero, lo cual es visto con alarma y pesimismo por muchos pensadores e intelectuales. Una buena parte de la filosofía y la ciencia política del siglo xx ha hecho eco de esta preocupación desde los tiempos de Max Weber. En forma más reciente, el antropólogo francés Claude Levi-Strauss vaticinó un terrible cataclismo para el día en que se pierda la diversidad cultural del mundo y triunfe lo que él denomina la monocultura planetaria. Posiciones menos pesimistas defienden un diálogo intercultural con la emergencia de las llamadas culturas híbridas, producto de un nuevo mestizaje mundial que surge de un reacomodo de las poblaciones, propiciado por las migraciones de origen económico que ahora se producen en sentido inverso a las migraciones históricas que poblaron América; esto es, los países subdesarrollados del sur se han convertido en expulsores de mano de obra en éxodo interminable hacia los países ricos del norte. Dichas migraciones generan a veces fenómenos de intolerancia y racismo que son fácilmente usados como recurso político por demagogos de derecha. Recuérdese el reciente triunfo de un partido de derecha en las elecciones de Austria o una antigua declaración del político profascista francés Jean Marie Le Pen, a propósito de la creciente migración de árabes a Francia: "no queremos ser un país de minaretes". La migración parece incontenible mientras no se modifiquen los factores de exclusión que predominan en la estructura económica internacional, agudizados por la globalización, lo que hace inevitable la aparición de sociedades multiculturales y multirraciales en los países de Europa Occidental y América del Norte. Frente a esta realidad, el diálogo cultural es sin duda la mejor vía para el entendimiento entre los pueblos; al respecto cabe recordar que no hay culturas puras y que las existentes son producto de un fuerte proceso de mestizaje llevado a cabo a través de miles de años de historia.

⁶ El director del prestigiado Instituto Rio Branco se refirió a los cambios que condujeron al IMAR a su actual conformación, que incluyó la creación de tres direcciones generales: la de la Academia Diplomática, la del Acervo Histórico-Diplomático y la de Prospectiva e Investigación Internacionales, mismas que a

Del pasado tuvimos hoy una gran lección, la estructura del nuevo Matías Romero se basa en la memoria, o sea hay una dirección de archivos porque es por ahí que tenemos que empezar. Tenemos que traer al presente todo lo que hicimos, no tenemos países sin tradiciones y no tenemos tradiciones sin instituciones, y son las instituciones las responsables de mantener vivas las tradiciones, que son la memoria; por lo tanto nuestros institutos tienen que crearlos para que se mantengan siempre vivas las tradiciones, el pasado, porque es de ahí que sacamos las grandes enseñanzas y la gran autoridad para que podamos hacer alguna cosa [...] No hay modernidad sin valores, porque no hay presente ni futuro sin pasado, sin memoria.

Dados los cambios que experimentan actualmente todas las sociedades, los participantes en la reunión también reconocieron la necesidad de mejorar la imagen de los funcionarios de carrera ante la sociedad civil y acercar la profesión a otras instancias del gobierno para que, cuando ejerzan sus funciones, lleven siempre el respaldo de la sociedad. Este aspecto atañe a la noción de legitimidad y la confiabilidad con la cual debe contar todo diplomático. La identificación del diplomático como un sibarita inveterado que gusta de las reuniones sociales y es aficionado a la buena mesa y al vino ha prevalecido durante mucho tiempo en el imaginario popular. Por supuesto, nada más alejado de la realidad del diplomático contemporáneo que las actitudes del *dandy* decimonónico.⁷ El diplomático de hoy es, ante todo, un servidor público que cumple una función específica y especializada de alta responsabilidad.

A las buenas maneras y el refinamiento en la vida diplomática se han agregado nuevas tareas como la de ser promotor de los intereses del país al cual representa. Dicha promoción no sólo

su juicio corresponderían al presente, pasado y futuro de la diplomacia mexicana.

⁷ Habría que hacer justicia a la figura del *dandy*, personaje crepuscular y refinado, quien es ante todo un descreído de la sociedad y el mundo más por ese *ennui de fin de siècle* que tanto influyó a escritores como Marcel Proust u Oscar Wilde, que por razones formalmente filosóficas. Es posible que su asociación con el diplomático se originara en el romanticismo o incluso antes. El hecho es que muchos diplomáticos lo fueron como los hermanos Bibesco, amigos de Proust, descritos en la clásica biografía de George D. Painter sobre el autor de *À la recherche du temps perdu*. Algunos diplomáticos, más que corresponder a la figura del *dandy*, fueron verdaderos derrochadores y cometieron excesos que han pasado a la historia, como los de Pedro de Alcántara, duque de Osuna, embajador español ante la Rusia de los zares.

significa velar por esos intereses en el sentido de preservarlos con un celo cercano al inmovilismo como ocurrió durante la guerra fría, tiene que ver además con un dinamismo emprendedor que a veces guarda similitud con la proverbial eficiencia de la iniciativa privada. Como lo señaló el embajador Walter Astié durante la reunión, en una época en la cual prevalece el mercado y la libre competencia de las fuerzas económicas, la función pública debe ejecutar su tarea con la misma eficiencia administrativa con la cual opera el sector privado. Esto sin olvidar, desde luego, que el fin último del diplomático es representar intereses muy superiores a los criterios de costo-beneficio.

En torno al uso de las herramientas tecnológicas y el tema de la eficiencia del nuevo diplomático, Maia Amado destacó que el Instituto Rio Branco no prepara especialistas sino “gerentes” entrenados para conocer los intereses nacionales y las articulaciones internacionales de esos intereses nacionales. Debido a que el uso de la tecnología (la computadora principalmente) es esencial en la tarea del diplomático, el Instituto Rio Branco entrena diplomáticos que saben dónde buscar lo que deben saber.

La coincidencia también alcanzó otro aspecto de relevancia: los cambios impuestos por la globalización han llevado a la creación de una nueva agenda de seguridad internacional en la cual los temas tradicionales como el desarme y el desarrollo han dejado paso a nuevos temas como el medio ambiente y el narcotráfico. En realidad se ha producido una redefinición del concepto de seguridad internacional debida en parte a la existencia de nuevas fuentes de poder, diferentes de las que tradicionalmente conferían fuerza y hegemonía a los Estados. El poderío militar *per se* no constituye ya el factor decisivo para otorgar a un país la categoría de potencia; ahora el poder pasa por la investigación científica y tecnológica y el control de la comunicación.

Con respecto a estos nuevos temas de la agenda, el embajador Ortiz de la Academia Andrés Bello de Chile mencionó la importancia que reviste ante la nueva realidad mundial la modernización del Estado y, en consecuencia, del servicio exterior chileno, aspectos indisolublemente unidos. Los cambios en la forma de hacer diplomacia no serán viables si no se modifican también las estructuras anacrónicas del Estado. El viejo Estado patrimonialista, parte de nuestra herencia cultural, que incluso sobrevivió a

los cambios del periodo republicano cuando las naciones de América nacieron a la vida independiente. De hecho, la modernización del Estado en los países de América Latina continúa, pese a todo lo logrado, como una asignatura pendiente.

Por su parte, el embajador Chaverri comentó que la Cancillería costarricense con su cuerpo de funcionarios de carrera es aún pequeña, hecho que los obliga a hacer un mejor uso de los medios de comunicación para obtener información y, sobre todo, promover la cooperación con las otras academias diplomáticas de la región. En este punto cabría señalar, como comentario adicional, que una de las mayores limitantes para la plena transformación de las cancillerías latinoamericanas en el área de formación diplomática es el reducido presupuesto; de ahí la importancia de la cooperación regional especialmente para países centroamericanos y caribeños.

Según el embajador Casas Acosta de Colombia, en la labor de la Academia San Carlos destacan tres elementos: la formación, la capacitación y la actualización. Respecto a este último punto, los temas de la agenda internacional actual están incluidos de acuerdo con los intereses del país: derechos humanos, medio ambiente, relaciones con Estados Unidos, con Venezuela y la integración de América Latina, así como el énfasis que la función consular tiene dentro de la formación del servicio exterior colombiano. En este mismo tenor, el profesor Marrou Loayza de la Academia Diplomática de Perú señaló que los cambios globales conllevan propuestas políticas que incluyen asuntos económicos, jurídicos y culturales; de ahí que la preparación de los funcionarios de carrera del servicio exterior peruano cuente con un mayor número de cursos prácticos.

La necesidad de la cooperación fue el tema dominante en la presentación del embajador Leiva Vivas de Honduras. De hecho, la Escuela de Diplomacia hondureña capacita a sus funcionarios mediante la cooperación con otras instituciones similares ya que carece de los recursos suficientes. Según el doctor García Fernández de Cuba, en el Instituto Raúl Roa los diplomáticos aprenden a valerse de la información teórica y práctica con el objeto de desarrollar un método propio de actuación que concilie teoría y práctica, interés nacional y nuevos temas globales. Finalmente, la embajadora Navarro de la recién creada Academia Diplomática de República Dominicana abundó sobre el tema de la necesaria cooperación regional que debe privar en la capacitación diplomática, coope-

ración que ya ha comenzado en su entorno geográfico inmediato con los países caribeños miembros de la Comunidad del Caribe y con Haití.⁸

Reflexión final

La nueva realidad hace indispensable la existencia de nuevos enfoques y propuestas para una mejor capacitación de los diplomáticos. Constituiría un error histórico pasar por alto los imperativos de esta coyuntura y dejar que los diplomáticos sigan actuando como lo hicieron en las décadas pasadas. Es el momento de emprender las acciones necesarias. Al respecto, hubo consenso absoluto de parte de los directores de las academias latinoamericanas; de este modo, nuestro personal diplomático estará capacitado para competir con sus pares de cualquier país del mundo. La competencia no debe asustarnos; es parte de la cultura de nuestra época y es también un poderoso acicate para la superación y el aprovechamiento. Como en otras áreas, la cooperación entre las naciones latinoamericanas deberá ser un elemento de relevancia que coadyuve a enfrentar en forma adecuada los retos de la globalización.

⁸ Para mayores detalles del contenido de las ponencias así como las propuestas de acción adoptadas por los representantes de las academias diplomáticas de América Latina y el Caribe puede consultarse el informe correspondiente que elaboró la Dirección de Formación Diplomática de la Academia del IMAR.
